

WALTER LUIS KATZ

R A D O W I T Z K Y  
(Crónica novelada)



El catorce de noviembre de mil novecientos nueve tenía la característica de todos los días previos al verano, con sol radiante y alta humedad. Un grupo de curiosos observaba la entrada del cementerio de la Recoleta, de la que salían personalidades de la Policía Federal, entre ellos el Coronel Ramón Falcón, que había estado presente en las exequias de su amigo Antonio Ballvé, director de la Penitenciaría Nacional. A las once de la mañana, Falcón subió al carruaje acompañado de su joven secretario privado Alberto Lartigau de veinte años de edad, único varón de una familia de nueve hijos, puesto por su padre para que a su lado "se hiciera hombre".

El Jefe de Policía comentaba con Lartigau sobre el informe que lo ocupaba en esos días, que acababa de presentar al ministro del Interior, sobre la base de una investigación del comisario de la sección Orden Social; el tema era: "Actividades anarquistas". Allí se informaba de la indagación que se realizó para prevenir y hacer frustrar el atentado criminal que intentó realizar el anarquista Pablo Karaschin en la capilla del Carmen. Sus actividades como jefe de un grupo muy activo eran de conocimiento de la policía; por eso, en pocos días pensaba someter a la consideración del ministro Avellaneda las medidas que a su juicio era imprescindible tomar para prevenir hechos análogos.

El coche tirado por caballos avanzaba lentamente por la avenida Quintana. Lo conducía el italiano Ferrari, buen cochero que ingresó en la repartición en mil ochocientos noventa y ocho.

Desde la tragedia de Plaza Lorea en mayo de ese año, los anarquistas señalaban a Falcón como a su principal

enemigo y lo amenazaban públicamente, pero él no les temía y los ignoraba, y siempre iba sin custodia a todos lados, incluso a los lugares de peligro.

El vehículo ya doblaba por la avenida Callao rumbo al sur, y en ese momento dos hombres, José Fornés, chofer de un automóvil que iba detrás del coche de Falcón, y el ordenanza Zoilo Agüero del ministerio de Guerra observaron que un mocetón de aspecto extranjero comenzaba a correr a toda velocidad detrás del carruaje del jefe de policía; llevaba algo en la mano. Pensaron que se había caído algo del carruaje y el muchacho quería devolverlo, pero no gritaba para llamar la atención. Al doblar el coche, el desconocido se acercó cruzando la calle en diagonal y arrojó el paquete al interior del mismo. En ese mismo momento se produjo una terrible explosión. El terrorista miró para todos lados y comenzó a huir hacia la avenida Alvear.

Después del primer momento de sorpresa, Fornés bajó del coche y junto con Agüero comenzó a correr al desconocido dando grandes voces, mientras se les unían más perseguidores, entre ellos dos agentes. El perseguido corría desesperadamente, sabiendo que la gente lo iba a linchar o matar a tiros. Dobló por la avenida Alvear donde había una obra en construcción, y agotado se dirigió a ella para esconderse; teniendo casi encima a sus perseguidores sacó un revólver y comenzó a correr nuevamente y así, corriendo se disparó un tiro sobre la tetilla derecha, cayendo sobre la acera.

La bomba anarquista era un artefacto explosivo casero muy bien preparado y lanzado con precisión; no falló; había caído a espaldas del cochero y a los pies de Falcón y Lartigau. Al explotar desgarró músculos, arterias

y venas, cortó nervios y penetró bien en la carne de las víctimas. Falcón siempre creyó que su cara severa y su mirada de halcón bastaban para detener la mano de cualquiera que pretendiera atentar contra su vida, pero no fue así. Se desangró con sus piernas desgarradas y rotas, tirado en la calle hasta que alguien trajo un colchón.

El estampido había sido terrible y sin embargo, los caballos apenas dieron un salto, hociquearon y respondieron a las riendas del asustado italiano Ferrari. Mientras tanto Lartigau y Falcón se habían deslizado por el boquete abierto por la bomba en el piso del coche y habían caído a la calle. La sangre fluía por las heridas hechas por decenas de clavos y recortes de hierro. Sobre ellos estaban las caras de los despavoridos curiosos.

Falcón no perdió el conocimiento y tirado sobre el colchón señaló con ademán autoritario que atendieran primero al joven Lartigau. No se preocupaba por sí mismo - no es nada ¿hubo más heridos? - Perdía sangre; mientras esperaban la ambulancia de la Asistencia Pública, dos o tres vecinos trataban de vendarle las piernas con vendas y trozos de sábanas. A Lartigau, que había perdido el conocimiento, lo llevaron al sanatorio Castro, muy cerca de allí. Llegó la ambulancia; los hombres se esforzaron por levantar el colchón con el herido y meterlo en el coche. Al llegar al consultorio central, los médicos que lo atendieron decidieron amputarle la pierna izquierda a la altura del muslo, pero eso no ayudó. Falcón casi no tenía sangre en el cuerpo; su organismo no podía soportar esa situación; murió a las dos y cuarto de la tarde. Lartigau, joven y fuerte se defendió más; sus heridas no eran tan profundas como

las de Falcón pero igual le amputaron la pierna derecha. Perdió muchísima sangre y aguantó hasta las ocho de la noche.

Los dos fueron llevados al Departamento Central de Policía para ser velados. Buenos Aires estaba de duelo y al velatorio asistieron delegaciones policiales de todo el país y del exterior. El Ejército y la policía tomaron los asesinatos como una afrenta que ellos jamás perdonarían. "No habrá perdón para el asesino de Falcón". Pero el perdón llegó del presidente Hipólito Irigoyen veintiún años después.

El terrorista había caído en la calle al tratar de suicidarse; lo levantaron del pelo y de la ropa, lo dieron vuelta y lo acostaron con la cara al sol. Se veía una persona desagradable, exageradamente blanco, con pequeño bigote rojizo, medio lampiño, facciones huesosas; tenía la mandíbula como la de un boxeador, ojos aguachentos y las orejas grandes como pantallas. Sin duda era un ruso, un anarquista, un obrero, tirado en el suelo y resollando como un jabalí cercado por los perros. Lo insultaban; le decían "ruso de porquería" y otras cosas. Tenía los ojos bien abiertos, asustados, esperando recibir la primera patada en la cara; se sentía perdido y no pedía perdón sino que gritó dos veces - ¡Viva el anarquismo!

Cuando los agentes le dijeron - ya vas a ver lo que te va a pasar - respondió en un mal castellano, quebrado y gangoso - no me importa, para cada uno de ustedes tengo una bomba - eran los últimos mordiscos de animal acorralado.

La policía no vengó la muerte de uno de los suyos; apareció el subcomisario de la comisaría n° 15 y ordenó cargarlo en un coche de plaza y llevarlo al hospital Fernández porque el terrorista estaba perdiendo mucha sangre por el costado derecho del pecho. Al registrar sus ropas encontraron otra arma; era una pistola máuser que tenía en la cintura. Llevaba un cinto de charol con veinticuatro balas de revólver y cuatro cargadores con balas de calibre nueve. El hombre había salido bien preparado, dispuesto a todo.

En el hospital Fernández lo revisó el médico de guardia y diagnosticó que tenía una herida leve en la zona pectoral derecha. Una vez vendado lo enviaron a la comisaría quince y lo encerraron en un calabozo debidamente incomunicado. El terrorista fue torturado terriblemente durante muchos e intensos interrogatorios pero no habló; sólo dijo que era ruso, de dieciocho años de edad. En el parte policial sólo se anotaron las prendas de vestir del detenido: "Viste saco azul marino, pantalón negro, botines de becerro, chambergo negro, usa corbata verde y camisa de color con cuello volcado y no tiene ningún papel por el cual pudiera descubrirse su identidad".

El presidente, los ministros y altos jefes militares eran custodiados para evitar ser víctimas de nuevos atentados. Se estableció el estado de sitio y a los diarios se les prohibió toda información sobre el preso y sobre sus actividades anarquistas.

\* \* \*

La historia retrocede al mes de marzo de mil novecientos ocho. Un joven inmigrante ucraniano se pre-

sentó en los talleres del Ferrocarril Central Argentino de la ciudad de Campana, en busca de trabajo, y se expresó en un chapurreado castellano mezclado con ruso - tengo dieciséis años y medio de edad y soy herrero de oficio; trabajé con mi patrón y maestro desde los diez hasta los catorce años, y luego fui jornalero en una metalúrgica. Interrogado desde cuando y por qué estaba en el país, contestó – últimamente, junto con otros escapé de las persecuciones en Ucrania y salí para Argentina. - Dijo llamarse Simón Radowitzky y que vivía solo. El capataz del taller informó en su declaración que desde el primer momento el joven obrero demostró que estaba capacitado para su trabajo y que era muy cumplidor.

Al observar los rasgos faciales del trabajador, el capataz supuso que era una persona de carácter firme, capaz de tomar responsabilidades y su mirada reflejaba seguridad en sus pensamientos y actos.

Simón pronto se relacionó con integrantes de la comunidad anarquista local, con quienes leía y comentaba "La Protesta", el periódico de la Federación Obrera Regional Argentina (F.O.R.A.) y con otros sindicalistas, activistas anarquistas de origen ruso, entre ellos Pablo Karaschin, autor del atentado perpetrado durante el funeral de Carlos de Borbón, y también se conectó con varios intelectuales conocidos por su tendencia al anarquismo. Karaschin era conocido por la policía como inmigrante integrante de un grupo terrorista, y por su fallido intento de colocar la bomba en el altar de la Iglesia del Carmen; el atentado falló, pues fue sorprendido instantes antes de cumplir con su propósito.

Poco tiempo después Radowitzky se trasladó a Buenos

Aires, donde residió con algunos de ellos, empleándose como herrero y mecánico.

En las conversaciones con sus camaradas ideológicos contaba sus experiencias – procedo de una familia obrera de origen judío. Crecí en una aldea de Ucrania y cuando tuve la edad escolar mi familia se trasladó a una ciudad del interior para darnos buena educación primaria. Pero éramos muy pobres y a los diez años dejé la escuela y me inicié como aprendiz de herrero; instalado en lo de mi maestro y su familia en una pequeña choza de barro, dormía en la cocina, donde colocaba debajo de la mesa un pequeño colchón relleno con paja. Los primeros conocimientos de anarquismo los tuve de la hija de mi maestro, que los comentaba con sus hermanos y amigos; yo escuchaba con atención esos conceptos, sin comentar ni intervenir, y con el tiempo los asimilé.

\*

El Anarquismo es una doctrina que propugna adoptar la autonomía individual y anular todo poder público o forzado. Los anarquistas han pensado cómo puede llevarse la organización diaria en un régimen de autogobierno; su intención es que ese sistema de convivencia maximice la soberanía individual y que cada uno pueda llevar una vida plena. Se auto gobiernan por medio de cooperativas y asociaciones privadas no dependientes del Estado. Estas asociaciones voluntarias, entre comerciales y no lucrativas están basadas en los conceptos como contrato libre, autonomía, derecho privado, colaboración y autodefensa.

En Ucrania y todos los países de la Rusia zarista, el



anarquismo y otras ideas revolucionarias estaban prohibidos y perseguidos; por esa razón las actividades las realizaban en la clandestinidad, pero la gente salía a la calle en grandes concentraciones y grupos de protesta cuando se cometía alguna injusticia con los obreros. En unos disturbios en Kiev, reclamando mejoras en las condiciones de trabajo, Radowitzky fue herido en el pecho por un cosaco que manejaba un sable y tuvo que permanecer seis meses postrado para recuperarse; luego debió cumplir cuatro meses de prisión.

Después de la fallida revolución rusa de mil novecientos cinco, comenzaron las deportaciones a Siberia, a veces por tiempo indeterminado. Prefirió salir del país, llegando a la Argentina, donde había una gran colectividad de residentes rusos y anarquistas de muchas nacionalidades.

Los integrantes de ese elemento humano se radicaban en conventillos dentro de la Capital, y trabajaban por lo general en las fábricas que se encontraban en los barrios apartados de la ciudad y en los pueblos de los alrededores; solían reunirse con grupos cuyas nacionalidades o ideas políticas eran homogéneas. Las fuerzas de represión en aquella época se destacaban por ser discriminatorias y xenófobas, y sólo por el hecho de ser extranjeros, los inmigrantes muchas veces eran detenidos por la policía.

\*

La Avenida de Mayo en la ciudad de Buenos Aires era la arteria céntrica por excelencia, construida al estilo de los bulevares parisinos, con edificios altos y ornamentados, que poco a poco tomó el carácter español al

instalarse hoteles, cafés y teatros al estilo de los existentes en Madrid. El Teatro Avenida se construyó en mil novecientos ocho y se estrenó con una obra de Lope de Vega; sobre su tablado se representaban todo tipo de obras españolas, teatro y zarzuelas. La avenida comenzaba en la Plaza de Mayo a partir de la Casa de Gobierno y terminaba en Plaza Lorea, bifurcándose en dos calles angostas; a la izquierda la calle de la Victoria y a la derecha la calle Rivadavia, que continuaba hasta el final de la ciudad, en los límites con la Provincia de Buenos Aires. Esas calles corrían a los costados del Palacio del Congreso, cuyo frente se encontraba al final de la plaza. El área de espacio libre era inmensa.

El primero de mayo de mil novecientos nueve amaneció frío pero con sol, y hacia el mediodía comenzó a nublarse como presagiando tormenta; tormenta de odio, violencia y muerte. Esa era la fecha en que todos los obreros del país y del mundo se reunían en señal de protesta contra la burguesía.

Los diarios no traían muchas novedades, salvo el nacimiento de la princesa heredera de Holanda y el estreno en el Odeón de "Casa Paterna" con Emma Gramática como primera actriz. Pero había dos pequeños anuncios que fueron interpretados en su intensidad solamente por políticos y obreros. Se anunciaban dos actos obreros; uno organizado por la Unión General de Trabajadores (socialistas), donde hablarían A. Mantecón y Alfredo L. Palacios; el otro, era el de la FORA (anarquista) que invitaba a la concentración en Plaza Lorea. Allí se reunían los anarquistas desde mil ochocientos noventa para conmemorar a los mártires del Primero de Mayo en Chicago; ese año marcharían luego por

Avenida de Mayo, Florida hasta Plaza San Martín y de allí por Paseo de Julio - llamada Leandro Alem años más tarde - hasta la Plaza Mazzini, llamada luego Plaza Roma, en el centro de la ciudad. Se sabía que con los socialistas no iba a pasar nada pero, otra cosa era con los anarquistas.

Después del mediodía la Plaza Lorea comenzó a llenarse de gente extraña al elemento del centro; muchos bigotudos con gorra, pañuelos al cuello, pantalones con parches, muchos rubios, algunos pecosos, muchos italianos, rusos, catalanes y gallegos; eran los anarquistas. Llegaron las primeras banderas rojas - ¡mueran los burgueses! ¡Guerra a la burguesía! – Esos fueron los primeros gritos. Llegaron otros estandartes rojos con letras doradas; pertenecían a las distintas asociaciones anarquistas. A las dos de la tarde la plaza ya estaba bien poblada. Había entusiasmo, se escuchaban gritos, vivas, cantos y un murmullo que iba creciendo hasta convertirse en estruendo.

En cierto momento llegó la asociación anarquista "Luz al soldado"; parecía ser la más belicosa. Venían por la calle Entre Ríos y según los partes policiales a su paso iban rompiendo vidrieras de panaderías y despensas que no cerraron sus puertas en adhesión al Día del Trabajo, y bajaron a garrotazos a guardas y motoristas de tranvías; también destrozaron coches, y soltaron a los caballos.

Todo transcurría como todos los años, pero faltaba algo que diera efervescencia al ambiente y originara la explosión. En Avenida de Mayo y Salta se detuvo un coche; había llegado el Coronel Ramón Falcón, Jefe de Policía, y su comitiva integrada por una división de

jinetes armados. La masa lo reconoció y comenzó con los gritos - ¡Abajo el coronel Falcón! ¡Mueran los cosacos! ¡Guerra a los burgueses! – Levantaron los estandartes y los agitaron con provocación.

Falcón se paró en su carruaje y observó fríamente por sobre la multitud, como si calculara la cantidad de asistentes y explorara sus fisonomías. Comprobó que había muchos inmigrantes, extranjeros anti argentinos que sólo deseaban el mal del país. Una vez que terminó su registro desde la distancia, ordenó a los policías a caballo que lo acompañaban, que atacaran a la turba.

La caballería atacó frontalmente a los obreros, que trataron de huir, pero no todos lo lograron, recibiendo los golpes de garrote o sable de los jinetes; sin embargo, algunos no retrocedieron ni buscaron refugio, y enfrentaron a la policía luchando cuerpo a cuerpo, demostrando que querían defender sus ideas, incluso ser mártires de ellas. La lucha continuó con el uso de armas de fuego. Después la plaza quedó vacía, sembrada de gorras, sombreros, bastones, pañuelos y charcos de sangre. Por el momento recogieron tres cadáveres y cuarenta heridos graves, y la cuenta seguiría hasta llegar a once muertos y más de ciento cinco heridos, casi en su totalidad de nacionalidad española, italiana y rusa.

Las tropas policiales acusaron a los anarquistas por abrir el fuego y ellos acusaron a la policía. La hoguera ya estaba encendida y destinada a continuar por un largo tiempo. Los obreros organizaron en venganza huelgas y atentados contra la propiedad pública.

Ramón Falcón era un militar de la vieja escuela, arrogante y déspota con sus subordinados. Sus facciones

afiladas y fría mirada como la de un halcón combinaban con el significado de su apellido, ave de rapiña fría e insensible. Combatió en la Campaña del Desierto donde tuvo amplia actuación en la matanza de miles de aborígenes, y posteriormente se destacó por su dureza como jefe de la Policía Federal. Organizó y participó personalmente en la represión contra obreros. En las jornadas de sepultura de las víctimas de Plaza Lorea, en un acto provocativo ordenó a las fuerzas policiales que dispararan sobre los que llevaban los féretros de los obreros asesinados, en su marcha hacia el cementerio de Chacarita, arrebatándoselos.

Falcón y la policía prosiguieron su campaña de terror contra los trabajadores, con persecuciones y detenciones; además comenzaron una campaña antisemita contra instigadores ruso-judíos.

Radowitzky era un muchacho relativamente tranquilo y estaba a favor de poca violencia en las luchas revolucionarias y gremiales, pero los asesinatos de trabajadores lo horrorizaron e influyeron para que despertaran sus instintos rebeldes; se propuso vengar la matanza.

El país ya estaba viviendo una situación política bastante difícil; la nueva raza argentina con la inmigración y sus descendientes, el progreso científico y las nuevas ideas económicas y sociales influyeron en el país y la Capital, que progresaba y se transformaba poco a poco en una urbe de tipo europeo en muchos de sus aspectos, con una población mezclada intensamente en el quehacer político.

Buenos Aires estaba conmovida; Falcón hizo detener de inmediato a dirigentes anarquistas y clausuró todos

los locales del movimiento. La policía mantenía información sobre la forma en que actuaban los elementos rusos que formaban parte de la masa de obreros, y en el sumario policial se agregaron manifiestos escritos en lenguas diversas, incluso hebrea, que contenían propaganda violentísima, que aconsejaba el asesinato y saqueo de los bienes públicos.

Había reacción y solidaridad en el sector obrero; los socialistas, en consenso con los anarquistas declararon un paro general por tiempo indeterminado, que sólo se levantaría si renunciaba Falcón. La población esperó con temor el día siguiente; se decía que el terror dominaría en las calles, y que los anarquistas no permitirían a nadie que concurriera al trabajo.

Pero en la mañana del lunes aparecieron los diarios a pesar de que la Federación Gráfica Bonaerense se adhirió al paro general. Es decir, el gobierno había logrado romper la unidad del movimiento.

A medida que el día avanzaba se notaba que el paro tenía un éxito parcial, pero la calle estaba alterada y hubo hechos de violencia; motoristas de tranvías fueron atacados y heridos y un capataz de playa de los mataderos fue asesinado por los huelguistas. Varios obreros trataron de asaltar la fábrica Vasena, pero fueron rechazados. Miles de personas se agruparon frente a la morgue para reclamar los cadáveres de los anarquistas muertos.

Ante el pedido obrero de que renunciara Falcón, el Presidente Figueroa Alcorta respondió en forma contundente apoyando a su Jefe de Policía: "Falcón va a renunciar el doce de octubre de mil novecientos diez, cuando yo termine mi período presidencial". La policía

informó que habían sido detenidos "nueve rusos nihilistas" y "La Prensa" relataba en forma patética las declaraciones de la esposa del anarquista Fernández, muerto en Plaza Lorea. Decía Antonia Rey de Fernández que hacía tres años que se había separado de su esposo debido a las ideas de violencia de él.

A medida que pasaban los días, el paro general del grupo de obreros fue perdiendo poder. Los anarquistas demostraron la anarquía de su organización, pero sorprendieron a los políticos y a las clases alta y media por la extraordinaria manifestación de duelo que formaba la columna de 60.000 obreros que acompañaron al cementerio a los restos de los caídos. Seis meses después, el catorce de noviembre, en la salida del cementerio de la Recoleta, sucedió el segundo acto del drama.

\* \* \*

El diario anarquista "La Protesta" había sido tomado y controlado por muchachos del barrio norte, que forzaron las puertas del local y destruyeron todo lo que los anarquistas fueron construyendo, ahorrando peso a peso.

El interrogatorio del asesino de Falcón no dio resultados positivos pero luego de varios días, la policía logró identificarlo; se trataba de Simón Radowitzky, ruso, domiciliado en un conventillo de la calle Andes; llegado al país en marzo de mil novecientos ocho, radicado al principio en Campana donde se empleó como obrero mecánico en los talleres del ferrocarril Central Argentino y posteriormente en Buenos Aires, donde trabajó como herrero y mecánico. Fueron solicitados

antecedentes a las embajadas argentinas y el entonces embajador argentino en París contestó que Radowitzky pertenecía al grupo anarquista dirigido por el intelectual Petroff, juntamente con el revolucionario Karaschin (el del atentado en el funeral de don Carlos de Borbón) y otros conocidos mundialmente, nombres que podían atemorizar a los tranquilos habitantes de la ciudad.

Ya identificado, reconoció el crimen; se esperaba que fuera fusilado y que anunciaran el día y la hora. Nadie creía que tenía dieciocho años, es decir, que era menor de edad; todos los diarios señalaban que Radowitzky era un hombre de más de veinticinco años; su cuerpo desarrollado y su fisonomía lo delataban; no tenía a nadie que lo defendiera.

No había nadie con influencia que lograra que no se lo tratara con tanta severidad. Militares, políticos y funcionarios estaban a favor la pena de muerte, y nadie ponía reparos, diciendo que para aplicarla no había que tener en cuenta en este caso la edad del reo. El dictamen del fiscal era por demás claro para demostrar lo que se quería hacer con el preso – "Simón Radowitzky pertenece a esa casta de oprimidos que vegetan en las estepas rusas arrastrando su vida miserable entre las inclemencias de la naturaleza y las asperezas de una condición inferior, y no hay perdón para el extranjero. En su primera indagatoria el detenido se presentó al juez de instrucción soberbio, resuelto a resistirse a toda interrogación sobre su identidad personal; se negó a contestar las preguntas que se le dirigieron pero contrastando con ese propósito, se apresuró a confesarse autor del hecho que se investigaba, jactándose de su



origen y celebrando que el señor Lartigau haya fallecido también".

Al toso herrero lo hicieron aparecer como un asesino sutil y refinado: "La sangre fría y la altanería con que se expresa demuestran el propósito exhibicionista, la pose del sectario en esta primera confesión, en que el orgullo de la hazaña lucha visiblemente con el temor de la sanción. Por eso se jacta del hecho que no puede negar y ocultar al mismo tiempo los antecedentes de su persona, creyendo de que de este modo podrá dificultar la instrucción".

Y esa era una tremenda contradicción del agente fiscal, Porque Radowitzky estaba diciendo la verdad; tenía dieciocho años y reconocía que él solo había cometido el crimen. Con el tiempo se comentó que encubría a cuatro colaboradores en la preparación del atentado, en especial a un compañero que estuvo en Callao y Quintana a la hora del atentado, pero que jamás se podría determinar su identidad. La policía no obtenía resultados, pese al "ablande" a que lo había sometido.

Seguía el informe del fiscal: "la fisonomía del asesino tiene caracteres morfológicos que demuestran bien acentuados todos los estigmas del criminal: desarrollo excesivo de la mandíbula inferior, prominencia de los arcos cigomáticos y superciliares, depresión de la frente, mirada torva y ligera asimetría facial constituyen los caracteres somáticos que con exactitud acusan en Radowitzky el tipo de delincuente".

El fiscal veía en Radowitzky a un criminal nato, de esos que asesinan para robar. No reconocía que era un hijo de la desesperación, nacido en una tierra donde reinaban la esclavitud y el látigo para el pobre, donde

el castigo era terrible para el desobediente al régimen absolutista de los zares. Aunque tenía unas palabras de descargo por el origen racial del preso, lo hacía con un profundo desprecio y asco: "Parias de los absolutismos políticos de aquel medio, sometidos a los poderes discrecionales del amo, perseguidos y masacrados por la ignorancia y fanatismo de un pueblo que ve en el israelita a un enemigo de la sociedad, emigran al fin, como Radowitzky, después de sufrir condenas por el solo hecho de profesar ideas subversivas". Esta última frase del doctor Beltrán no concordaba con párrafos más adelante. Pedía que "a los efectos de la profilaxis social" los juicios "fueran verbales y de rápida aplicación".

Terminaba su presentación pidiendo la pena de muerte para el anarquista, pero había un inconveniente: la edad del acusado. Para los menores de edad, las mujeres y los ancianos no había pena de muerte en la Argentina de aquellos tiempos. Pero el doctor Beltrán encontró un método original para resolver la dificultad. Hizo calcular la edad del preso por "peritos médicos". Algunos calcularon que tenía veinte años de edad, y otros, veinticinco. Entonces el fiscal dijo: "20 más 25 son 45, la mitad es 22 y medio. Radowitzky tiene veintidós años y medio. Es decir, está maduro para el pelotón".

Con toda tranquilidad dio su dictamen: "Debo manifestar aquí que no obstante ser la primera vez que en el ejercicio de mi cargo se me presenta la oportunidad de solicitar para un delincuente la pena extrema, lo hago sin escrúpulos ni vacilaciones fuera del lugar, con la más firme conciencia del deber cumplido, porque en-

tiendo que nada hay más contraproducente en el orden social y jurídico que las sensiblerías de una filantropía mal entendida".

Y Beltrán finalizaba: "En las consideraciones de la defensa social debemos reconocer que hay en Radowitzky un elemento inadaptable cuya temibilidad está en razón directa con el delito perpetrado, y que sólo puede inspirar la más alta aversión por la ferocidad del cinismo demostrado, hasta el extremo de jactarse hoy mismo de ese crimen y de recordarlo con verdadera fruición".

Todo venía mal para Radowitzky; nadie creía en sus dieciocho años y la prensa, influida por los sectores poderosos e influyentes de la población, pedía la pena de muerte. Así estaban las cosas hasta que un buen día apareció en escena un personaje singular; dijo llamarse Moisés Radowitzky, rabino y primo del terrorista. Envuelto con papel de estraza en forma de rollito traía un documento que iba a dar un vuelco al proceso. Era la partida de nacimiento de Simón Radowitzky. Un documento extraño, escrito con caracteres utilizados en los idiomas eslavos.

Al dar la información, "Caras y Caretas" decía: "Radowitzky tiene cada vez menos años. Al principio se le atribuían hasta veintinueve, y desde los veintinueve le fueron rebajando hasta dejarlo en lo imprescindible para el fusilamiento: veintidós. El afirmaba siempre que tenía dieciocho y parecía dispuesto a no pasar de esta edad en mucho tiempo, pero ¿quién le creía? Sin duda que ni los anarquistas. Era lógico suponer que Radowitzky trataría de hacerse pasar por menor de edad. ¿El punto de la edad de Radowitzky ha sido por fin

aclarado? El señor Vieyra, comisario inspector, acaba de leer el documento que reproducimos en facsímile y que, a juzgar por la pinta, es copia fiel de la fe de bautismo de Radowitzky. Según afirman los traductores del señor Vieyra, ese documento, a vueltas de tantos garabatos y caracteres estrafalarios, viene a decir que Simón Radowitzky nació en la aldea de Santiago, provincia de Kiev, Rusia, el diez de noviembre de mil ochocientos noventa y uno, según lo cual Radowitzky tendría ahora dieciocho años y siete meses".

Los jueces no reconocieron la validez del documento por no estar legalizado, pero tuvo influencia directa en ellos en el momento de dar el veredicto, para decidir si se animarían a mandar al patíbulo a un menor de edad. Aplicaron el criterio de "en la duda, abstente". Radowitzky se salvó del fusilamiento, pero fue condenado a reclusión en la Penitenciaría Nacional por tiempo indeterminado, con aislamiento y alimentado a pan y agua durante veinte días todos los años al aproximarse la fecha de su crimen.

Triste destino para el muchacho anarquista; toda su vida desde la juventud debería pasarla detrás de las rejas, entre lo peor de la sociedad: asesinos de niños, ladrones que matan sin titubear por robar y degenerados sexuales. Pero Radowitzky siguió viviendo en la opinión pública; al ingresar a la cárcel comenzaría el segundo capítulo de su vida, de su aventura por la vida. Un capítulo con sabor amargo.

Quedó cerrado para siempre el capítulo del asesinato de Falcón y del joven Lartigau. Radowitzky no habló jamás de ello. No se supo si la idea era suya o por consejo de terceros, y si fabricó él la bomba, como lo

declaraba, o sus compañeros se la entregaron y le ordenaron cometer el atentado porque era menor de edad y se podía salvar de la pena de muerte. Radowitzky estaba condenado a soportar torturas, mala alimentación, el frío y la insalubridad de las cárceles.

A Radowitzky se lo describía como "el tipo del místico ruso que ni aun en la cárcel concibe que los hombres cometan una mala acción y sobre todo que se conduzcan en forma perjudicial para sus compañeros. En cierta circunstancia solicitó que se le diera una celda menos húmeda y como sólo se le podía habilitar una que en esos días se estaba revocando, el director le propuso que la terminara él; pero el gremio de albañiles se hallaba en huelga y al enterarse Radowitzky, prefirió continuar en el calabozo húmedo y no revocarlo alegando que cuando un obrero se resigna a abandonar el trabajo, debe tener razón".

Cinco años después ocurrió un atentado similar en Sarajevo que fue el antecedente que colmó la lista que originó la primera gran guerra mundial. Gavrilo Princip, también menor de edad fue el autor de la tragedia; asesinó al Archiduque Francisco Fernando de Austria. Todos sus compañeros fueron fusilados menos él, por no haber cumplido veintiún años, pero murió tuberculoso tres años después en una cárcel austríaca.

El seis de enero de mil novecientos once, dos presos anarquistas que compartían la reclusión con Radowitzky lograron huir de la Penitenciaría Nacional, en una operación que contó con ayuda exterior y algunos de los guardias del penal. Radowitzky quedó sin participar por haber sido llevado imprevistamente a la imprenta del presidio. Ese día Buenos Aires tuvo un tema

para comentar; una noticia que llegó como regalo de Reyes: trece penados de la Penitenciaría Nacional escaparon por un túnel construido por debajo del murallón. Pudieron escapar dos famosos anarquistas: Francisco Solano Regis, condenado a veinte años por haber atentado contra el ex presidente Figueroa Alcorta y Salvador Planas Virella, que cumplía una pena de diez años por tentativa de asesinar al presidente Quintana. Los once restantes fugados eran presos comunes. Durante el mediodía de un bochornoso día de calor, de un coche de plaza se bajaron varios bultos con pantalones, camisas y sacos que se arrojaron entre la verja y el murallón.

Los reclusos salieron por un túnel hecho especialmente para salvar el muro de los centinelas. La entrada del túnel la hicieron en un jardín con flores y la cavaron a mano, arrojando la tierra en el mismo jardín sin hacer montículos. La salida daba a yuyales entre el murallón y la verja. Los anarquistas trabajaron en connivencia con los centinelas, soldados conscriptos del 2 de infantería. El túnel estaba a la altura de la calle Juncal casi esquina Salguero. Los fugados Regis y Planas Virella después de cambiarse de ropas subieron a un coche de plaza que los estaba esperando y desaparecieron. Los presos comunes que aprovecharon la oportunidad y el túnel tuvieron que huir con el traje del penal; otros aprovecharon las ropas destinadas a Radowitzky.

Este suceso fue una gran vergüenza para las autoridades penitenciarias. Los actos siguientes fueron pedidos de informes, remoción de funcionarios y juicio a centinelas. Pero el único que pagó por todo eso fue el "ruso" Radowitzky.

Se había observado una cosa poco común en un penal: Radowitzky recibía la simpatía de presos y carceleros, y así lo señalaba el director de la penitenciaría "Únicamente encargándome yo en persona de la vigilancia de Radowitzky podría responder del cumplimiento de la condena, pues se trata de un penado con quien simpatizan hasta los bomberos y conscriptos".

Ningún director de penal quiere correr el riesgo de que otros anarquistas planeen otra tentativa de fuga, y atemorizado por la perspectiva de que el joven reo, que despertaba simpatía entre el personal de la cárcel contara con otra oportunidad semejante, pidió que lo trasladaran. Se dispuso su envío a la cárcel de Ushuaia, reservada generalmente para criminales extremadamente peligrosos. Con los años, la costumbre de encerrar allí a anarquistas y otros presos políticos se hizo más frecuente. En esa época, corrieron rumores que Carlos Gardel pasó un tiempo allí en el comienzo de su carrera como cantor, por un delito menor.

Ese mismo año se llevó a cabo el traslado del anarquista al penal de Ushuaia. Sería la última vez en su vida que pisaría tierra porteña, y jamás podría volver a su pieza del conventillo de la calle Andes de donde salió aquella mañana de noviembre, seguro de sí mismo para cometer el atentado.

La cárcel de Ushuaia se encontraba en el lugar más austral del país; los medios de transportes en esa zona eran escasos y las rutas eran difíciles de transitar; desde el lugar en que se encontraba el detenido se debía viajar por mar. Un barco llevaba a los condenados encadenados en las bodegas; la nave salía del puerto de Buenos Aires, navegaba por el Río de la Plata saliendo

al mar, continuaba hacia el sur, y en Santa Cruz penetraba en el estrecho de Magallanes, transbordaban a los presos a un "ferry" que los conducía a un camino mal cuidado, y desde allí continuaban hasta terminar la etapa final.

Un guardia cárcel -Martín Chaves- relató muchos años después, en mil novecientos cuarenta y siete, en ocasión de levantarse el penal y efectuarse un transporte semejante, la odisea de un viaje con penados, "Parece entresacada de una novela de Dostoievski. Hacía dos meses que había sido nombrado para ocupar un puesto de celador en el penal de Ushuaia, permaneciendo adscrito al personal de la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras, hasta que estuviera en condiciones el transporte "Chaco", que me llevaría al lejano sur. En esa aburrida espera me consumía en la penitenciaría cuando una tarde fui notificado que tenía cuatro horas para arreglar mi equipaje. A las dieciocho estuve de vuelta; media hora después se realizó la acostumbrada formación para el recuento y encierro en las celdas a los reclusos. No veía por ningún lado al contingente que iba a ser trasladado al sur. Una hora más tarde me incorporé a una comisión de empleados y con más de cincuenta guardianes nos internamos en los pabellones. Fuimos abriendo celdas a las que entraban soldados que sacaban al "candidato" llevándolo rumbo a la Alcaldía. El ruido de las llaves en las fuertes puertas ponía sobre aviso a todos los "vecinos" que proferían gritos de insulto. Así recorrimos cinco pabellones y al regresar a la Alcaldía, ya estaban allí mis compañeros de viaje: "sesenta y dos números", sentados en largos bancos colocados junto a las paredes. Se pasó lista y se



les ordenó desnudarse. Si alguno no hacía caso o demoraba en cumplirla, los guardianes se les acercaban amenazantes y los "ayudaban" a quitarse la ropa. Sesenta y dos sombras. Sesenta y dos fantasmas quedaron en el gran salón. Dos practicantes de enfermería revisaron minuciosamente el cuerpo de los viajeros. Ningún contrabando puede pasar, las limas y cualquier otro objeto cortante es peligroso. Vestidos de nuevo, entró en funciones el herrero. Las argollas se cierran en el tobillo y se las une con una barra de hierro de veinte centímetros de largo, que luego se remacha a golpes de martillo. ¡Pom, pom, pom!

"Resuenan los golpes como si estuvieran remachando ataúdes. En el silencio de la noche esos tres golpes sobre el negro remache suenan como una campana que dobla por la vida de los que ya no son. El alarido del llanto los acompaña. Algunos parecen más fuertes y miran la operación con indiferencia: es porque no conocen lo que son los grillos y caen cuando quieren dar un paso; entonces ellos también sienten los tres golpes del martillo sobre el corazón. "Luego, en un carro celular rumbo al puerto. Allí la vigilancia es más estrecha y dos guardianes se responsabilizan del penado entregado a su custodia. En mil novecientos veinticinco se evadieron ciento catorce penados amotinándose en la bodega del "Buenos Aires". Nunca se pudo establecer con exactitud cuál fue el penado que logró romper los grillos y luego liberar de ellos a sus demás compañeros. Se atribuye tal hazaña a Brasch, el alemán. Lo cierto es que los ciento catorce penados se amotinaron en la bodega y a golpes de puño se abrieron paso y fugaron. Entonces les era más fácil; no vestían el uni-

forme a rayas y podían confundirse fácilmente en las calles. Casi todos volvieron a ser detenidos. Desde esa época se toman toda clase de medidas de precaución: guardianes en abundancia y hasta potentes reflectores que iluminan las siluetas de los fantasmas que bajan a la bodega del transporte que antes del alba, como si tuviera vergüenza de su carga, pone su proa rumbo a Tierra del Fuego.

"Se nos había informado que para llegar a Ushuaia eran suficiente quince días de navegación. Nuestro viaje duró veintinueve, en el mes de marzo de ese año; yo iba con la oficialidad del transporte y un día bajé al entrepuente a ver a los penados. Jamás olvidaré la impresión que recibí. Aquello era un infierno. Humedad, calor y pústulas. En Bahía Blanca se había detenido la embarcación para cargar carbón que iba depositado en la bodega ubicada debajo del entrepuente donde viajaban los presos. El polvillo del carbón se filtraba imperceptible, persistente, como una maldición sobre los hombres engrillados. Se les pegaba en la cara, lo respiraban, lo escupían, ponía máscaras en los rostros acentuando las ojeras.

"Fantasmas, espectros, no se lo que vi. Salí de esa cámara de tortura con el alma dolorida, preguntándome si los directores del penal, si los jueces, si los ministros no tendrían noticias de ese bárbaro suplicio. Pero el destino me reservaba comprobación más amarga aún.

"En el puerto de Ushuaia nos esperaba el director del penal, algunos empleados y muchos guardianes, los que tomaron posiciones estratégicas para el desembarco de los penados. Y los espectros salieron al aire libre, a la luz, después de veintinueve días. ¡Cómo sa-

lieron! Sucios y enfermos es poco para dar una idea del estado de esos hombres. Flacos, con la barba crecida, llagados los tobillos a causa de los aros de los grillos, con escoriaciones sangrantes en los muslos, la ropa deshecha como pañuelos o toallas. Habían llegado al infierno blanco, mil veces preferible a la bodega del transporte".

Los penados fueron introducidos en forma individual a la cárcel, donde recibieron su número personal y ropas. Un carcelero daba a cada uno un gato, e instrucciones – éste te va a acompañar hasta morir; ya vamos a ver quien de ustedes dos va a ser. – No sabían si la intención era humorística o cruel, pero a ellos no les importaba. Cada uno tomaba su gato y lo llevaba consigo a la celda.

Los presos por delitos de violación estaban agrupados para no hacer peligrar la seguridad de los demás. A pesar de los antecedentes de cada uno, se respetaban entre ellos y no volvían a cometer esos delitos. Dentro de la cárcel, los que tenían fuerza y antigüedad dominaban a los débiles y recién llegados. Los cabecillas eran la lacra entre los penados, y los sometían; los presos sumisos, obedientes y flojos en sus decisiones, eran cumplidores con celo de las órdenes y tenían suficiente crueldad para asesinar, someter y castigar a los que no obedecían a la elite criminal.

El penal de Ushuaia estaba edificado con bloques de roca de sesenta centímetros de ancho; en una construcción compacta se encontraban trescientos ochenta celdas de dos metros de largo y un metro cincuenta de ancho. En esas condiciones debían vivir los reclusos, con escasa luz y sin calefacción en las celdas, pues ha-

bía estufas a leña sólo en los pasillos, y no alcanzaban a calentar otros lugares. El complejo estaba rodeado por un cerco redondo. La cárcel comenzó sus funciones cuando un pequeño grupo de presos fue llevado para construir el faro del Fin del Mundo; el lugar fue conocido como "la Siberia Criolla". Los presos eran conocidos sólo por un número y usaban el clásico traje a rayas amarillas y negras, birretes, y botines confeccionados por ellos. Llevaban un número en la chaqueta, el birrete y el pantalón. Los asesinos tenían un distintivo rojo en el birrete.

Con atrasos de meses repartían periódicos, que luego de ser leídos por los funcionarios del penal y carceleros eran censurados y mutilados, para ser pasados a los reclusos. Entre ellos había grupos que se los disputaban según preferencias; en unos instantes estaban divididos en secciones, con muchas hojas sueltas que eran repartidas entre los impacientes lectores.

El orden del día era severo, desde el momento en que los presos se levantaban para una revista. Cada celda y cada recluso eran examinados; enseguida comenzaban los trabajos de limpieza, y luego se servía un desayuno caliente.

Durante las horas del día realizaban trabajos forzados en los terrenos contiguos picando rocas o hachando leña para la cocina del penal. Los presos que tenían oficios eran distribuidos en los distintos servicios en horas de la mañana y luego compartían actividades colectivas, realizadas bajo estricta vigilancia en que guardias armados caminaban constantemente entre ellos.

Alejado muchos kilómetros de la cárcel, había un lugar de rocas graníticas, al que llevaban grupos de presos

para trabajar en las canteras. Para llegar utilizaban un pequeño ferrocarril de trocha angosta, con sesenta centímetros de separación entre las ruedas; lo particular de ese tren era que los rieles estaban contruidos con madera dura. Otros presos trabajaban en los bosques taldando árboles, cuyas maderas constituían el material de las casas de la pequeña villa.

Las posibilidades de escapar y llegar a algún lugar seguro eran casi nulas, pues la baja temperatura y las largas distancias no daban oportunidad a los presos fugados para tolerar el frío de la noche antes de ser capturados. La correspondencia que mantenían los presidiarios era censurada con celo; por eso no existía la opción de establecer una conexión para fugarse y recibir ayuda de afuera. Probar suerte era arriesgarse, pues al cabo de no más de un día o dos regresarían entregándose avergonzados, o esposados luego de ser capturados, y estaría esperándolos un nuevo juicio que les iba a agregar otros años de cárcel, confinamiento en la celda y disminución de la ración de comida. La otra posibilidad era volver dentro de un ataúd. Cuando Radowitzky llegó al penal de Ushuaia hacía ya nueve años que había sido colocada la piedra fundamental y comenzada la construcción por los penados. En ese momento se lo consideraba un modelo en su construcción, y en seguridad era una verdadera fortaleza. En la prisión se le denegaron los pocos derechos con que disfrutaban los restantes presidiarios; como única lectura se le permitió la Biblia, y fue sometido a malos tratos y torturas al liderar al resto de los reclusos en huelgas de hambre en protesta por las malas condiciones del penal.

En mil novecientos dieciocho, las torturas alcanzaron su cima con la violación de Radowitzky por parte del sub-di-

rector del penal, Gregorio Palacios, y tres guardianes. Enterados los anarquistas del hecho, publicaron en Buenos Aires un panfleto titulado "El presidio de Ushuaia", escrito por Marcial Belascoain Sayos que apareció en "La Protesta". Su publicación causó conmoción en el público, y el gobierno de Irigoyen ordenó abrir sumario sobre las condiciones en Ushuaia; los tres guardias fueron relevados de sus funciones.

El siete de noviembre de ese mismo año, una audaz acción conjunta de grupos anarquistas chilenos y argentinos logró la única evasión jamás lograda del penal de Ushuaia. Los argentinos Apolinario Barrera y Miguel Arcángel Rosigna y los chilenos Ramón Cifuentes y Ernesto Medina alquilaron una pequeña goleta de bandera dálmata en la ciudad chilena de Punta Arenas, y coordinaron con Radowitzky el procedimiento. Éste, que trabajaba en el taller de la cárcel, consiguió un traje de guardia cárcel y abandonó el penal a primera hora de la mañana aprovechando el relevo y la llegada de un grupo de guardianes nuevos; se encontró con Barrera en una caleta no lejana.

El nueve de noviembre, dos días después de la fuga llegó a Buenos Aires una noticia que causó más sensación que las que venían de Europa con la rendición de Alemania, la abdicación del Káiser y la revolución de los obreros alemanes: "El siete de noviembre se ha fugado Radowitzky de la cárcel de Ushuaia". Los lectores querían saber detalles, y el sentimiento público porteño, que estaba con él, deseaba que superara la maldición de Ushuaia, olvidándose del doble crimen, ¡Basta ya! Decían. Ya ha purgado bastante su delito. ¿Podrá salir de esas regiones? Nadie lo había podido

hacer. Catello Muratgia, el creador del penal, lo había sostenido ante el propio presidente de la República: "El penal es totalmente seguro contra fugas; nadie podrá hacerlo. El que se aleje morirá de hambre o de frío o tendrá que entregarse". Y menos Radowitzky, con nueve años entre rejas, debilitado por los castigos y la falta de una alimentación adecuada.

Pero Radowitzky lo hizo metido en una pequeña goleta por el canal de Beagle; ya respiraba el aire puro de la libertad y dejaba cada vez más atrás el penal, con el olor de todos los penales, olor a hombre degradado, olor a mugre de cuerpo y de alma. Los anarquistas de Buenos Aires habían preparado los planes para la fuga y juntaron el dinero. El hombre elegido para la proeza no era ni ruso ni italiano ni catalán; era un criollo de pura cepa: don Apolinario Barrera. Viajaron a Punta Arenas; estaban ayudados por anarquistas chilenos que contrataron la goleta dálmata con tripulación también dálmata, muy ducha en la navegación por los canales fueguinos. La goleta pintada de blanco llegó a Ushuaia el cuatro de noviembre y echó anclas en un pequeño puerto de la bahía y el siete, a las siete de la mañana, un guardián cruzó las líneas de centinelas del penal; era Radowitzky disfrazado de guardia cárcel, que no había sido reconocido. Pero la fuga duró solamente dos semanas y Simón Radowitzky volvió al calabozo en condiciones más duras. Eduardo Barbero Sarzábal, periodista de "Crítica", años después realizó un reportaje sensacional a Radowitzky, reconstruyendo el momento de la huida:

"Radowitzky trabajaba entonces de mecánico en el taller del penal. Todo se había calculado matemática-

mente. Allí estaba el guardián accidental que facilitaría el traje. Un cuarto de hora después de entrar Radowitzky al taller, salía del penal atravesando la línea de centinelas armados. Era un nuevo guardián también uniformado; cruzó el cementerio donde están otros definitivamente muertos, para ir hacia donde, en un lugar indicado el cúter espera. Atravesó un monte. Detrás de un añoso árbol, Barrera está oculto. Los dos hombres se encuentran. El salvador, ignorando que Radowitzky iría de guardián, echa mano al revólver presintiendo una delación. La escena rápida fue paralizada por un grito: - Apolinario - dijo Radowitzky. Simón – respondió Barrera, comprendiendo. Ese era el "santo y seña" que presentarían quienes nunca se habían visto.

"Una vez embarcado, Radowitzky cambió de ropa. Barrera fue de la opinión que una vez alejado varias millas de Ushuaia, Radowitzky desembarcara en uno de los tantos refugios de la costa. Allí se le dejarían víveres y utensilios para dos meses hasta que las persecuciones y búsquedas hubieran cesado. Pasado ese tiempo se aventurarían a ir a buscarlo o a dejarle nuevamente víveres. Pero Radowitzky no aceptó, cometiendo el error que le costaría doce años más de prisión. Convenció a Barrera para que siguieran navegando sin interrupciones hasta Punta arenas.

Allí, en esa ciudad le resultaría mucho más fácil pasar inadvertido que en una isla solitaria.

"Mientras tanto, en el penal nadie traicionó a Radowitzky. Los presos no lo delataron y recién a las nueve y veintidós de la mañana, un guardia cárcel se presentó al director del penal para denunciar la desaparición del preso. El Comisionado Nacional de Tierra



del Fuego señaló en un parte que se inició la persecución sirviéndose de los "valiosos datos proporcionados por el empleado Miguel Rocha" y una partida se embarcó en una "lancha a vapor facilitada generosamente por el señor Luis Fiuchi".

"Pero el cúter era más veloz y se alejaba cada vez más de sus perseguidores. Dejó el canal de Beagle, tomó por el canal Ballenero y luego el de Cockburn y entró en el estrecho de Magallanes. Así amaneció el cuarto día de navegación, hasta que divisaron en el horizonte el humo de una embarcación que se aproximaba. Radowitzky intuyendo el peligro pidió que el cúter se acercara lo más posible a la costa de la península de Brunswick, en tierra chilena. Así se hizo hasta unos doscientos metros. Radowitzky se arrojó entonces al agua helada y nadó hacia la costa, en donde desapareció. El humo negro que se aproximaba era de la pequeña nave de guerra chilena "Yáñez", enviada para apresar a Radowitzky ante el llamado telegráfico de las autoridades argentinas de Tierra del Fuego.

"Los tripulantes del cúter declararon no haber visto al fugado, pero los chilenos condujeron presos a todos hasta Punta Arenas, donde luego de un severo interrogatorio uno de los tripulantes declaró la verdad y señaló el lugar donde alcanzó tierra el fugitivo.

"Mientras la Yáñez estuvo al costado del cúter, Radowitzky quedó pegado a la tierra para no ser visto; tanta era su tensión que ni siquiera el frío le hizo mover. Una vez alejadas las embarcaciones, con sus ropas mojadas, comenzó a caminar en dirección a Punta Arenas, donde esperaba encontrar refugio. Ignoraba que las autoridades chilenas ya sabían la verdad. De Punta Are-

nas salió mientras una partida de fuerzas de policía de la marina chilena; siete horas después, en el paraje conocido como Aguas Frías, apenas unos doce kilómetros de Punta Arenas, fue capturado Radowitzky, extenuado y con las ropas heladas. Fue llevado esposado al puerto chileno donde lo alojaron en un calabozo del buque de guerra "Centeno" donde esperó su extradición.

La noticia de la captura de Radowitzky llenó de desazón al público porteño pero pronto lo olvidó por otro tema: la carrera del siglo del caballo Botafogo contra Grey Fox. Radowitzky entró nuevamente en el penal de Ushuaia de noche, para no provocar disturbios entre los penados. Pero éstos esperaban despiertos a su compañero y consejero. Gritaron y golpearon las puertas de las celdas. ¡Viva Simón! ¡Mueran los perros sarnosos! A los carceleros les habían dado libertad esa noche con Radowitzky. Por su fuga habían recibido un severo llamado de atención, y no era cuestión de que quedara impune. Pero por la amenazadora actitud de los penados "Rasputín, el bueno" se salvó esa noche de la inevitable paliza. Pero la venganza sería mucho más refinada. Durante más de dos años lo tuvieron aislado en la celda, sin ver la luz del sol, y sólo a media ración.

Los que leen "La casa de los muertos" o "El sepulcro de los vivos" de Dostoievski y sufren con el autor los padecimientos de los condenados no sospechan tal vez que en territorio argentino existió un lugar exactamente igual de donde muy pocos salieron con vida o retornaron a la sociedad con sus facultades mentales normales, comparable a la famosa Isla del Diablo.

Pasaron muchos años para Radowitzky, todos iguales.

Cuando se aproximaba el catorce de noviembre, los veinte días en calabozo aislado eran terribles, a pan y agua, y con el frío húmedo del cemento que penetraba en los doloridos huesos. ¡Si por lo menos tuviera algo para leer! Pero desde Buenos Aires lo perseguía un chiste inventado por algún jefe de turno de la penitenciaría. "¿Radowitzky quiere leer? Denle la Biblia". Así era también en Ushuaia; cuando Radowitzky quería aislarse de ese submundo y pedía algo para leer, le traían la Biblia. Y todos lo gozaban: los carceleros y los penados también.

La primera guerra europea hizo perder fuerza a los movimientos obreros y al parecer, los compañeros de Buenos Aires se habían olvidado ya del mártir del movimiento, como lo llamaban ellos, pero la unidad continuaba; esos anarquistas demostraron ser buenos amigos, y a pesar de que habían pasado nueve años, su principal aspiración era liberar a Radowitzky. En mayo de mil novecientos dieciocho la ciudad fue inundada por un folleto editado por el diario "La Protesta" y escrito por Marcial Belascoain Sayos. Se llamaba "El presidio de Ushuaia" dedicado "A mi amigo Simón Radowitzky, como una ofrenda. A los viles esbirros, como una bofetada".

El folleto estaba muy bien informado y, en el estilo propio de los anarquistas de aquella época, denunciaba las torturas a que había sido sometido Radowitzky. Centraba su ataque en el subdirector del penal, Gregorio Palacios, y le decía: "Tú, como los tigres, como las hienas, asesinas con lentitudes siniestras de degenerado, esa voluptuosidad debes haberla sentido al matar lentamente al penado 71, a quien volvieron loco los

martirios; esa misma histórica vibración de placer habrá sacudido tus nervios al ver los suplicios de Radowitzky, ayer fuerte y lozano, hoy triste, decrepito y enfermo por tu culpa. ¡Asesino infame! ¡Muere maldito!"

En el capítulo "La Sodoma fueguina" el autor acusaba al subdirector Palacios de haber hecho cometer delitos sexuales contra Radowitzky y más delante detallaba los castigos a que fue sometido por los guardiacárceles Alapont, Cebezas y Sampedro:

"Estando en el calabozo Simón Radowitzky, desearon los tres experimentar la histórica sensación de ver sufrir a un hombre y se llegaron hasta el encierro del mártir, de aquel que en aras del ideal sacrificó su vida, de ese hombre generoso y santo; fueron hasta su dolor para acrecentarlo más. Estaba aislado en un calabozo sin aire, luz ni sol, sin comida. ¿Qué había hecho? ¡Nada! Se le castiga siempre por ser quien es, no precisa dar motivos. Estaba debilitado por el ayuno, cuando cayeron los bárbaros a consumir su acción heroica. Lo agredieron por detrás, los taleros le abrieron el cráneo y los puños mancillaron aquella faz sagrada. Corrió la sangre del cautivo, pero no la hicieron brotar como él con valentía en su hecho inolvidable; ellos lo hicieron en montón, armados, contra un hombre desfallecido y sin fuerzas. Lo dejaron tendido en el suelo, agónico, exánime, tras la feroz paliza. Semejaba un cadáver, lívido y tendido en el suelo; entonces, al verlo así, Cebezas, el infame, desnudó su arma y le apuñaló un brazo. Con ésto se retiró satisfecho y triunfal, a contar la hazaña y a celebrarla con otros tan viles, tan infames como él. Levantar la mano contra un hombre en ese

estado, contra un individuo como Radowitzky, es una profanación infame que nunca, ni por nada, podré perdonar, por eso les grito mi reproche en estas líneas; por ello los acuso de viles y cobardes, arrojándoles mi maldición tremenda, mi maldición justiciera". "Amigo generoso, Simón, amigo del alma, vives sin esperanza, en la noche lóbrega de tu martirio circundado por fieras que te acosan, sin un rayo de sol que te acaricie, pero con el corazón de tus amigos, de los que te comprenden y te aman; allí estás consagrado por el culto celoso del recuerdo; estás constante en el pensamiento de salvarte, por ello, ya tú no llegas a implorar el olvido para tu hecho, no faltará quien lo haga por ti; lo humanamente posible debe hacerse para librarte y no fallará quien encare esa tarea. Vayan a ti estas líneas compendiados los afectos de los seres que te aman; de los que comienzan a preparar el magno acontecimiento de volverte a la vida arrancándote de la ferocidad de los criminales carceleros, que tanto te han hecho sufrir".

El folleto fue un impacto en la opinión pública. Los anarquistas lograron tal éxito psicológico, que el gobierno de Irigoyen ordenó un sumario administrativo para saber la verdad sobre los malos tratos. En el sumario se calificaría a los tres carceleros mencionados de "personas de malas costumbres y peores antecedentes" y se los suspendería.

Un conocido periodista tuvo largas conversaciones con un guardia cárcel de origen español que había servido durante años en el penal de Ushuaia y que le relató diversos aspectos de la vida que hacía Radowitzky allá. "Sin proponérselo, el anarquista era un hombre muy

peligroso; a él siempre recurrían los otros presos cuando eran castigados o tenían algún problema. Se arreglaban para verlo en el taller o le transmitían sus cuitas por intermedio de otro penado. Radowitzky siempre escuchaba a todos y era una especie de delegado de los hombres de traje a rayas. En la primera oportunidad exponía el tema ante el director o ante algún visitante del gobierno. Lo hacía en forma clara y convincente y siempre traía algún problema para las autoridades o los carceleros. Cuando no lograba su propósito organizaba la resistencia por medio de huelga de hambre, de brazos caídos o de coros de protesta. Por supuesto después venían las represalias y él siempre era la víctima. Aguantaba cualquier castigo y nunca le lograron quebrar el ánimo ni tampoco pidió perdón o misericordia. Era un personaje extraño, "dostoievskiano", siempre rodeado de un halo místico y una inconmensurable predisposición para el dolor. Una mezcla de campesino ruso y rabino de ghetto. Eso sí, siempre de buen humor y dispuesto a responder cordialmente a cualquier pregunta.

Por muchos años, la vida de Radowitzky estuvo en el silencio; ya nadie hablaba de él, como si la fuga hubiera sido su capítulo final. Sólo en los círculos anarquistas el mito de su figura iba creciendo año tras año. En mil novecientos veinticinco, siete años después de la fracasada huida un periodista del diario "La Razón" logró entrevistar a Radowitzky en Ushuaia. Es interesante la descripción que hizo el cronista:

"Simón Radowitzky es un sujeto de mediana estatura, delgado, frente despejada y algo calvo, quijada prominente, cejijunto y ojos pequeños, vivos. El rostro es

pálido y en los pómulos se le observan algunas vetas rojas. Tiene treinta y cuatro años y hace dieciséis que está en el presidio, en el que trabajó de todo. Su celda es modelo de limpieza y en ella de ven algunos retratos de familia. Cuando lo vemos se encuentra algo afiebrado y tiene envuelta al cuello una bufanda de color azul. Es voluntarioso para hablar, casi diríamos locuaz. Pero a ratos, por la falta de hábito de mantener conversaciones largas, repite lo que ya ha dicho. Es sencillo en sus expresiones y de tanto en tanto se le escapa alguna palabra en el argot criollo pero lo corrige en seguida y pide disculpas. Sabe que como ácrata sigue gozando de popularidad y que sus compañeros han tejido sobre él una corona de mártir, pero dice que tales manifestaciones le molestan y que no mató a Falcón para hacerse célebre sino a impulsos de sus convicciones. En víveres y medicamentos, especialmente tónicos, recibe socorros del grupo "Afinidad".

Pasaron los años y el mito siguió creciendo. Radowitzky, para los anarquistas era un santo en poder de los herejes. Y esa figura se fue adentrando también en toda la clase trabajadora y en general, en el público porteño. Por eso, todos los petitorios, todos los actos que se hacían por su libertad contaban con gran apoyo y simpatía. En 1928, 29 y 30 su nombre podía leerse en las paredes de la ciudad: "Libertad a Radowitzky". Y "La Razón" sostenía que su nombre "era como el broche de vigor con que se cerraban las protestas en los conflictos del capital y el trabajo y en los pliegos de condiciones". Cuando asumió Hipólito Irigoyen su segunda presidencia las diversas organizaciones de trabajadores presionaron para el indulto. Es entonces

cuando se originó una discusión en la prensa y en los círculos políticos y jurídicos acerca del delito de Radowitzky y su interpretación. Porque era evidente que Radowitzky no había matado para robar, había matado por un ideal.

En enero de mil novecientos treinta ocurrió el naufragio del "Monte Cervantes" en los canales fueguinos. Los náufragos, en gran parte personas de los sectores influyentes de Buenos Aires, recibieron alojamiento en Ushuaia y los presos demostraron un comportamiento ejemplar al compartir frazadas y comida con el inesperado contingente. El diario "Crítica" envió al Sur a uno de sus mejores cronistas, Eduardo Barbero Sarzábal, con el barco que traía a los náufragos. El periodista aprovechó las pocas horas en que el buque estuvo en Ushuaia para dirigirse al penal y allí se las ingenió para conseguir una entrevista que dio lugar a un reportaje sensacional. Ésta era la experiencia de Barbero Sarzábal:

"Este enviado especial consiguió una orden escrita para hablar con los presos. El alcaide interino, señor Kammerath -que actúa hace 20 días- ordena: - Que venga a la alcaidía el penado 155. "A la izquierda del "hall" de entrada está el despacho del alcaide. La ventana deja pasar débilmente la luz. La máquina fotográfica escondida al entrar en los bolsillos es luego ocultada debajo de la gorra de viaje y puesta encima de un sillón. Solo, con el alcaide estaba el representante de "Crítica". Radowitzky demoraba en llegar. Hasta que el eco de unos pasos fuertes por un largo corredor de madera que muere en la puerta de la alcaidía anunciaba la llegada. La voz fuerte del carcelero anunció: "- Aquí



está el 155. ¿Puede pasar? - Sí. - Radowitzky, sorprendido, franqueó la puerta, llevando el casquete entre las manos y avanzó resuelto, vestido con su traje color cebrá azul y amarillo, con grandes números en el saco y pantalón: el 155. Es de estatura mediana. De gesto enérgico. La cabeza erguida, la cara de rasgos firmes en la que se destacan sus gruesas cejas. El pelo corto, tirando a negro, descubre algunas canas. La frente amplia, con grandes entradas. Y al expresársele que es un redactor de Crítica quién desea hablar con él, extiende la mano que aprieta fuertemente. Sonríe más bien escéptico. En breves palabras le dimos la sensación de que era un redactor verdadero de Crítica quién hablaba con él". Barbero Sarzábal contaba que la palabra mágica para despertar la confianza de Radowitzky fue "le traigo saludos de Apolinario". Aquel Apolinario Barrera, intendente de Crítica, compañero de su huída en mil novecientos dieciocho. "Las palabras de Radowitzky sonaban dentro de la alcaidía como un martillo. Radowitzky impresiona por la sensación de dinamismo hombruno. Cuando habla parece que masacara las palabras. Y ellas salen, breves, concisas, como de un percutor. Sus mandíbulas parecen que fueran de hierro. Es que hay en él, desde cualquier punto de vista que se juzgue, su personalidad, un recio espíritu desbordante. Tiene individualidad propia. Dice a "Crítica":

"- Me es muy grato poder hablar por su intermedio a los camaradas que se interesan por mí. Yo me hallo relativamente bien. Tengo aún un poco de anemia a pesar que desde un año no me infringen penas. Es que durante los meses de noviembre y diciembre hicimos

20 días de huelga de hambre como protesta por la actuación inhumana de un inspector llamado Juan José Sampedro, quién castigó a causa de un altercado sin importancia a un penado a quién lastimó". (Es el mismo Sampedro que propinó la paliza a Radowitzky a principios de mil novecientos dieciocho). - "La protesta manifestada con la huelga de hambre – continúa el penado 155 - dio resultados. Sampedro está suspendido".

"El alcaide que escucha la entrevista asiente. Y agrega Radowitzky:

"- No deseo choques entre obreros. En estos episodios siempre hay un provocador policial que actúa de instrumento. Yo viví intensamente aunque era muy joven, el dolor de la jornada trágica, la matanza de aquel 1º de Mayo que puso tristeza eterna en muchos hogares proletarios. Quise hacer justicia.

"A Radowitzky parece torturarlo el recuerdo de los sacrificios que por él realizan desde hace cuatro años sus compañeros. Y luego de breve silencio, agrega:

"- Sí, diga Ud. a los camaradas trabajadores que no se sacrifiquen por mí. Puede expresar también que me hallo bien; que se preocupen por otros compañeros que sin estar en la cárcel o en ellas, merecen también ayuda, quizás más que yo. "Esta evocación la hace Radowitzky dulcemente, pugnando por hacer menos áspera la característica recia de su voz y continúa: "

- Hace poco recibí 500 pesos.

"- Es exacto - subraya el alcaide.

"- Lo he empleado entre los enfermos del penal. Uno estaba mal del hígado y requería especiales cuidados. El otro, pobrecito, llamado Andrés Baby, está loco.

Los cuidados que les hemos propiciado con esta ayuda financiera determinaron la mejoría del primero. Ahora a Baby lo llevaran al hospicio.

"- La biblioteca nuestra es pésima. Hacen falta más libros. Los pocos que tenemos los conocemos de memoria de tanto releerlos.

"- En Buenos Aires tengo un primo llamado Moisés. Los demás miembros de mi familia están en Norteamérica. Me refiero a los que están unidos a mí por lazos de consanguinidad porque a los compañeros trabajadores que sufren la injusticia de la sociedad actual los considero también muy míos. Yo integro, pese al encierro, la familia proletaria. Mi ideal de redención está siempre latente".

El enviado de "Crítica" logró un mensaje por escrito de Radowitzky: "Compañeros trabajadores: aprovecho la gentileza del representante de "Crítica" para enviarles un fraternal saludo desde este lejano lugar donde la fatalidad se ensaña con las víctimas de la sociedad actual". Luego la firmó. La letra era despareja, rasgos duros, una escritura torpe por la falta de ejercitación; el reportaje publicado a toda página, tuvo amplia repercusión. Ya nadie dudaba que Radowitzky debía ser indultado. Los anarquistas no ahorraban medios; a través de las organizaciones hermanas de Estados Unidos lograron localizar a los padres de Radowitzky y estos escribieron al presidente Irigoyen: "Antes de morir queremos ver a nuestro hijo en libertad".

Los radicales que rodeaban a Irigoyen aconsejaban que lo indultara dos o tres días antes de las elecciones. Leamos la experiencia de Barbero Sarzábal: "este enviado especial consiguió una orden escrita para hablar

con los presos. Si lo hace es seguro que la mayor parte de los obreros votarán a los radicales. Irigoyen escuchaba en silencio. Por otro lado, sabía que había mucha inquietud en el Ejército y en la policía por el tema del indulto. Los días pasaban y el presidente no tomaba ninguna determinación. El dos de febrero los socialistas independientes derrotaron a los radicales que estaban desesperados; otra vez el viejo había dejado pasar una oportunidad.

En los años siguientes su figura tomó valor simbólico en las protestas obreras anarquistas; una entrevista del diario "La Razón" en mil novecientos veinticinco reavivó el conocimiento público de su causa, mantenida como emblema en los conflictos obreros de la FORA, y en los últimos años de la década los carteles y pintadas exigiendo su indulto se multiplicaron. En mil novecientos veintiocho el periodista Ramón Doll escribió un influyente alegato, examinando la desmesura con que desde la justicia se trataba el delito motivado por causas políticas, y acababa con un indirecto pero claro petitorio de indulto.

Tras el naufragio del Monte Cervantes en los canales fueguinos que aisló temporalmente en Ushuaia a numerosos porteños, el diario Crítica envió al redactor Eduardo Barbero Sarzábal a entrevistar a Radowitzky. La publicación de la misma tuvo un éxito rotundo, y atrajo finalmente la atención de los líderes políticos. El catorce de abril de mil novecientos treinta, Irigoyen, que catorce años antes, en ocasión de su primera elección como presidente había prometido a una delegación anarquista indultar a Radowitzky, cumplió con demora su palabra, y le concedió el indulto. Sin em-

bargo, por el mismo documento lo condenó al destierro.

Radowitzky llegó al puerto de Buenos Aires, donde debió tomar otro buque a Montevideo sin documentación ni fondos. Sus documentos no le fueron devueltos pues habían desaparecido en la cárcel durante sus años de prisión. La ayuda de las agrupaciones anarquistas uruguayas le permitió sortear las trabas burocráticas y desembarcar.

En Montevideo Radowitzky retomó su profesión de mecánico, intentó retornar a la Unión Soviética, pero desistió al enterarse del tratamiento que daban los soviéticos al pueblo. En mil novecientos treinta y cuatro el gobierno uruguayo lo expulsó por considerarlo persona indeseable. Sus compañeros de movimiento le aconsejaron no acatar la medida para que no sirviera de precedente para otros perseguidos políticos; en castigo fue encerrado en el penal de la isla de Flores. El defensor del movimiento, el abogado Emilio Frugoni, logró dos años después la conmutación de su pena por la de arresto domiciliario, pero como carecía de domicilio propio, debió esperar seis meses más hasta ser liberado. Luce Fabbri escribió:

"No voy a consultar archivos ni a revolver los papeles que duermen en algún baúl desde hace un cuarto de siglo. Un día u otro habrá que hacerlo, para hablar de Simón Radowitzky desde el punto de vista de la historia. Durante veinte años su nombre ha sido un símbolo para los trabajadores de América del Sur, especialmente, como es natural, para los argentinos, que se agitaron muchas veces para obtener su liberación del presidio de Ushuaia, adonde había sido enviado aún

adolescente, y donde vio perderse, entre persecuciones mezquinas y con la única perspectiva de la locura o la muerte, los años mejores de su vida. Habrá que ojear la colección de “La Protesta” y de su Suplemento para reconstruir la historia de esos años, releer esas cartas conmovedoras que el preso, muy de tarde en tarde, conseguía hacer llegar a sus compañeros libres y activos en Buenos Aires y delinear sobre estas bases, para los jóvenes, su recia figura de militante. Hoy, bajo la penosa impresión de su muerte, prefiero dejar hablar a mis recuerdos. "Liberado del presidio en 1930 por la presión de las manifestaciones populares que se sucedían en su favor y que parecían en la Argentina la continuación de las que habían sacudido la América entera en un estéril esfuerzo por salvar la vida de Sacco y Vanzetti, fue inmediatamente expulsado y, conforme a la tradición de ambos países platenses, embarcado para el Uruguay. Yo también, en ese entonces, era aquí una “recién llegada” y estaba tratando con mis padres, de superar lo más rápidamente posible el periodo ineludible de aclimatación espiritual. Simón vino a vernos con unos compañeros en los primeros días de su estancia en Montevideo. Y enseguida fuimos amigos.

"Era un alma sencilla y sincera, sin complicaciones ni “complejos”, que salía del infierno con la misma profunda honestidad y con el mismo amor confiado por sus semejantes con que había entrado en él: un alma milagrosamente invulnerable. “Simón, un niño grande”, decían los compañeros que no podían explicarse de otro modo esa confianza en la vida de quien había pasado por las más horribles experiencias. A mí me parecía en cambio el resultado de una fuerza interior,

madurada en el sufrimiento, que había luchado para devolver intacto a la gran familia de los que luchan por la libertad un espíritu de veinte años en un cuerpo de cuarenta, prematuramente envejecido por los padecimientos. No se debía esa confianza juvenil a las ilusiones de la ingenuidad, sino al optimismo sereno del “hombre de buena voluntad”. Si los peores delincuentes, en Ushuaia se tragaban en su presencia las palabras soeces, no lo hacían por compasión hacia el niño, sino por respeto hacia el hombre.

"Después de tantos años de frío, de nieve, de hielo, era agradable para él tenderse al sol en una de estas hermosas playas de Uruguay. Hablaba de sus penas de presidiario para contestar las insistentes preguntas de los compañeros y de los numerosos amigos que su patética fama le había procurado. Pero, si se le dejaba la iniciativa de la conversación, preguntaba y preguntaba. Debía compensar más de veinte años de ausencia de la vida común de los hombres; cuando lo mandaron a presidio no había tranvías y las mujeres ocultaban enteramente sus zapatos bajo amplias y largas faldas; ahora todo había cambiado: la vida política, el trabajo, las relaciones humanas, el paisaje. Debajo de una frente ya arrugada, dos ojos jóvenes miraban la vida con perpetuo y siempre renovado asombro y al mismo tiempo con la seguridad de quien tiene un criterio moral formado y no está dispuesto a dejarse influir en este terreno, por los más inesperados descubrimientos.

"Trabajaba, y con los primeros pesos ganados compró regalos: regalitos modestos pero de buen gusto que no se comprendía cómo hubiera podido adquirir, para amigos e hijos de amigos. Yo, que había recibido una

hermosa cartera, me creí obligada a reprocharle esas prodigalidades. Me miró sinceramente dolorido y me dijo en voz baja e intensa: “¡Hace tantos años que no experimentaba el placer de regalar algo!”. Y quedé triste, porque le había estropeado ese placer. Ahora, mirando su figura en el recuerdo, me parece que su rasgo típico era la gentileza, aquella gentileza profunda hecha de amor a los hombres y de escrupulosidad moral y de pudor íntimo, gentileza que se traduce generalmente en una natural cortesía pero puede expresarse en brusquedad en cuanto la sensibilidad moral llegue a ser tocada.

"De su vida de militante en el Uruguay otros pueden hablar con mayores conocimientos y más orden y espero que lo hagan. Yo puedo mencionar algunos momentos de ella y en primer término su actitud frente a la dictadura argentina de Uriburu, que se instaló en la vecina orilla a través de un golpe de Estado militar al poco tiempo de estar Simón entre nosotros. Fue desde el comienzo una actitud de acción directa. Se había sabido que, en un barco italiano en viaje hacia Europa, el gobierno argentino había embarcado a algunos militantes de izquierda europeos con destino a su país de origen (todavía no había caído Primo de Rivera en España y el fascismo estaba en su apogeo en Italia). Se había sabido también que el hecho inaudito de violación del derecho de asilo se repetiría en los sucesivos viajes trasatlánticos. Demasiado tarde ya para salvar a los deportados del primer envío, hubo que improvisar algo en favor de los del segundo. Simón tomó la iniciativa más sencilla y eficaz: en unas lanchas él y unos cuantos compañeros más rodearon el buque atracado



en un muelle del puerto y treparon a bordo, obligando al personal desprevenido a abrir los camarotes cerrados con llave y a dejar salir y desembarcar a los detenidos. En los viajes sucesivos esta tarea fue desempeñada bajo la presión popular, por la misma policía uruguaya; pero no hay duda de que esa firme e inesperada actitud de algunos individuos en el primer momento tuvo una importancia decisiva para trazar la línea de conducta ulterior del gobierno uruguayo. Montevideo dio asilo una vez más a miles de refugiados argentinos, cuya presencia contribuyó a disipar cierta modorra. Se formó un "Comité contra los dictadores de América" del que formaban parte argentinos, uruguayos, peruanos, bolivianos, sin contar a los refugiados españoles e italianos en proceso de asimilación. En este ambiente vivía y actuaba Simón Radowitzky, quien nunca dio señales de envanecerse por la celebridad y la simpatía de que estaba rodeado su nombre, ni por la deferencia con que le trataban las personalidades más conocidas de los grandes partidos, con algunas de las cuales mantuvo vínculos de amistad personal; siempre y en todas partes afirmaba modesta pero firmemente su calidad de anarquista.

"Con esta firmeza suya se vincula otro recuerdo que tengo de él. En marzo de 1933 se reunió en Montevideo un Congreso Anti guerrero latinoamericano, uno de los tantos que organizan de vez en cuando los comunistas para las conveniencias de su propaganda. Eran los tiempos de la guerra del Chaco y los compañeros uruguayos y argentinos decidieron intervenir para reafirmar su posición antimilitarista y confrontar actitudes. Participábamos en representación de centros,

ateneos, sindicatos, más de treinta anarquistas, entre un número enormemente mayor de comunistas y simpatizantes; había además dos jóvenes trotskistas (nunca vi mayor soledad afrontada con tan frío valor). Estaban entre los anarquistas Simón, Cotelo, mi padre, Lunazzi, Leval, Roqué, Fleitas, Ugo Fedeli (Treni en aquel entonces)... Algún día habrá que contar ese congreso, que constituyó para mí y para muchos de los jóvenes de aquel entonces una experiencia valiosa. Hoy quiero hablar sólo de Simón. Los organizadores trataron de separarlo de nosotros por medio del aplauso dirigido que recibió constantemente su nombre, no sólo por parte de los congresistas, sino también de las tribunas repletas de incondicionales. En medio de atronadoras aprobaciones fue elegido miembro del “presidium de honor” que se sentó en el escenario del teatro en el que se celebraba el congreso. Al principio se resistió, mas luego le convencimos de que aceptara, para evitar los roces del primer momento. Pero, después que los encargados de presentar las relaciones hubieron terminado su cometido (los comunistas hablaron contra todos, sin mencionar casi el problema de la guerra, mientras Leval, Roqué y Cotelo, que hablaban en nombre nuestro, se ciñeron estrictamente al tema, con una documentación cuidadosamente recogida), fue inútil reclamar el derecho a la discusión. El manifiesto final había sido preparado de antemano, evidentemente lejos de aquí por quienes desconocían los problemas sudamericanos. A nuestro primer intento de manifestar nuestra discrepancia, fuimos tratados con una desconsideración tan insultante que, sin consultarnos previamente, nos levantamos para retirarnos.

Simón también se levantó, bajó del estrado en silencio y salió con nosotros. Su presencia impidió acaso que el conflicto pasara de las palabras a los hechos, pero su actitud firme frente a quienes acababan de rodearlo de una atmósfera de adulación contribuyó también a abrir los ojos de muchos “compañeros de ruta”, algunos de los cuales salieron del teatro con nosotros.

"Me doy cuenta de haberme extendido más de la cuenta sin haber hablado aún de lo más importante: la actividad que desarrolló Radowitzky aquí en el periodo más penoso de la historia contemporánea uruguaya, el de la dictadura de Gabriel Terra, instaurada a través de un golpe de Estado el 31 de marzo de 1933. Empezó entonces un trabajo de tipo conspirativo, en el que generalmente los que no están ocupados en los mismos detalles ignoran aun viéndose a menudo, lo que hacen los demás. Sólo algo más tarde supe por qué estuvimos un largo tiempo sin ver a Simón; estaba empeñado con Virgilio Bottero, Carlos M. Fonsalba (excelentes compañeros médicos hoy fallecidos) y algunos otros en un trabajo de propaganda clandestina. Unos escribían, otros preparaban las matrices, Simón, recluido en la casa de otro médico amigo, se dedicaba a imprimir a mimeógrafo ese material, que luego se repartía de noche. Como consecuencia de su actividad contra la dictadura, fue detenido más tarde y llevado a la isla de Flores, adonde habían sido reunidos los principales políticos opositores. Cuando estos últimos recuperaron la libertad, Simón se quedó solo en la isla; el dictador se acordaba de Falcón y tenía miedo. Pero no le tenían miedo al presidiario de Ushuaia los hijitos del comandante de la isla, que se pasaban horas y horas con él y

lo querían. Llegó en ese entonces un ofrecimiento de asilo, acompañado de halagadoras promesas, por parte de Rusia, que hubiera permitido a Simón recuperar su libertad y asegurar su porvenir. El preso contestó que no podía aceptar ofrecimientos de un gobierno que perseguía a sus compañeros. Trasladado a Montevideo y amenazado de deportación por la ley de indeseables, fue defendido por el Dr. Frugoni, el líder del Partido Socialista uruguayo, quien al final logró que lo pusieran en libertad.

"Al año siguiente Simón nos dejó para irse a España a combatir contra Franco. Pero el resto de la historia la contarán otros. A partir de la derrota española ya no supe muchas cosas de él. Recibí la noticia de su llegada a México junto con una dirección; no le escribí enseguida y el tiempo fue pasando. La carta que pensaba mandarle nunca fue escrita y aquella buena amistad se transformó en recuerdo, uno de los mejores recuerdos de mi vida.

Con el inicio de la Guerra Civil Española, Radowitzky decidió unirse a las Brigadas Internacionales. En el frente de Aragón combatió con la División 28, compuesta principalmente por anarquistas. Su salud estaba perjudicada por los veinticinco años en cautiverio; se trasladó a Valencia. Simón posteriormente trabajó en Barcelona para la división cultural de la unión total anarco sindicalista. Ante el severo racionamiento consiguió una botella de leche que dio inmediatamente a una mujer embarazada por sentirlo que le era más necesario que a él. Pensaba que la guerra civil española iba a convertir en realidad su viejo sueño de reunir a todos los hombres de izquierda, pero al final de la

guerra fue testigo de una tremenda verdad: en Madrid, en Valencia y en Barcelona comenzaron los fusilamientos de anarquistas, pero no por los fascistas de Franco, sino por comunistas que para tomar la autoridad en sus manos eliminaban a los anarquistas. Cientos de hombres que habían participado en las luchas fueron obligados a cavar sus propias tumbas y luego fueron eliminados por sus anteriores aliados.

Después de la victoria de Franco, huyó a Francia, donde como a muchos otros, lo internaron en el campo de concentración en St. Cipriano. De allí llegó a México, donde el poeta Ángel Falco, Cónsul de Uruguay en México conocido por su tendencia anarquista, le consiguió un trabajo en el consulado, donde hizo publicaciones para el movimiento. Al final de la guerra mundial, trabajó en la rama mexicana del comité internacional de rescate y relevación para ayudar a refugiados políticos en Europa; junto al anarquista alemán Agustín Souchy, envió paquetes de alimentos. En sus últimos años su salud se quebrantó; los años de la prisión habían cobrado su precio. Cuando no estaba hospitalizado, vivía en un triste ático de una construcción de viviendas, con una compañera. Murió de un ataque cardíaco el veintinueve de febrero de mil novecientos cincuenta y seis, mientras trabajaba en una fábrica de juguetes. En ese dulce oficio pudo contribuir con un poco de bondad para los niños.

El payador Manlio le cantó:

"Aquí traigo para Simón  
este manojito de flores  
del jardín de los dolores,  
del alma y del corazón.

Traigo para aquel varón  
valiente y decidido  
este manojo que ha sido  
hecho con fibras del alma,  
en un momento sin calma  
de rebelde convencido.

El que mejor ha interpretado a Radowitzky ha sido Ramón Doll, brillante periodista y hombre de lucha infatigable quien, pese a las distintas corrientes en las que actuó, mantuvo una unidad de pensamiento, y a quien todavía no se ha hecho justicia en su valor. En un folleto publicado en mil novecientos veintiocho califica al delito de Radowitzky con precisas palabras: "Crimen repugnante y estúpido" - pero añade - "No es un crimen pasional o de un mercenario; es un crimen social; nace o, mejor dicho, aborta como cuerpo amorfo y monstruoso engendrado en esa escisión honda que trasciende a todas las sociedades y que la hiende en la moderna guerra de clases. He aquí pues que los jueces de estos casos judiciales, que se presentan como ineludibles aberraciones de todo fenómeno social pero que aún así anuncian el despertar de las clases explotadas y el futuro vuelco de todo el contenido social en los moldes del nuevo estado y del nuevo derecho suelen encararlos con doble severidad: primero por ser crímenes y después porque son cometidos por un individuo de la clase adversaria a la que pertenece el reo. Es evidente que un juez pertenece siempre a la burguesía y que por lo tanto sus intereses, prejuicios, su comodidad misma lo llevarán a solidarizarse con su clase y no con los de la clase proletaria, de tal modo que a la intolerancia

que debe tener para todo crimen dóblase lo que puede tener para el criminal que además es un adversario".

"El proletariado -agrega Doll- tiene personería propia en el pleito económico y político: nadie se asusta de la lucha de clases sino tal vez los parásitos que bajo la ruda ley del trabajo se encuentran indefensos y atrofiados. Ya no hay machete ni nadie lo pide contra los socialistas, comunistas y anarquistas, y los estudiantes de derecho que en mil novecientos nueve se presentaban babeantes de servilismo a pedir puestos honorarios de pesquis en el Departamento para incendiar bibliotecas, hoy en plena Facultad han manifestado su repugnancia por la intromisión "académica de los militares en las aulas". Dice muy bien que el "crimen de Radowitzky no es ni más ni menos horrendo que los crímenes que a diario se someten en las luchas electorales argentinas".

"Y sin embargo nadie que intervino en esos crímenes recibió ni la cuarta parte de la pena impuesta a Radowitzky.

"Obsérvese - dice finalmente - la actitud de la burguesía frente a dos crímenes igualmente nauseabundos: un atentado anarquista y un asesinato nocturno. En el caso del asesinato por robo se comenta, se critica quizás apasionadamente pero siempre se termina dejándolo librado a la "serena majestad de la justicia"; en el atentado anarquista, la burguesía toma parte en su represión, se producen razzias policiales, se agitan las guardias blancas. Y parece que mientras el crimen común obra en la digestión de los satisfechos como amable distracción que los facilita, el atentado anarquista produce asientos, perturba el trabajo gástrico y origina

dificultades posteriores. Reconocido que entre uno y otro no hay, no puede haber ninguna diferencia, que los dos son igualmente brutales (que, como decía un diputado en el Congreso Nacional al discutirse la nueva ley de defensa social, uno no debe perturbar más que el otro), el reconocimiento por parte del Presidente de que ello sea realmente así dentro de la masa del pueblo aunque entre los banqueros, los obispos y los generales ocurra algo distinto, permitirá reconsiderar el caso Radowitzky".

Finaliza el gran escritor nacionalista señalando:

"Si el presidente indultara hoy a Radowitzky no haría más que adelantarse a conceder por gracia lo que en rigor podría obtener Radowitzky por derecho en mil novecientos treinta solicitando su libertad condicional".

\*

Con el tiempo, las nuevas ideas y realidades diferentes relegaron al Anarquismo, que sólo quedó en la simpatía de las clases medias e intelectuales como algo que representó al romanticismo, y en cierta medida contribuyó a las bases de organizaciones filantrópicas. La fuerza de ese pensamiento se arraigó en el público e hizo despertar en él sentimientos de colaboración mutua no demostrados abiertamente hasta entonces. El mito Simón Radowitzky sigue viviendo.

\* \* \*





## BIBLIOGRAFIA

Oswaldo Bayer - Simón Radowitzky ¿mártir o asesino?

Nick Heath – Simón Radowitzky

Luce Fabbri – Simón Radowitzky en el Uruguay